

“Recuerdos de un Oficial de la Armada de Chile en el siglo XX”

Autor: *Contraalmirante Daniel Arellano Mac-Leod.*



*Francisco Guzmán Vial**

Conocí al Contraalmirante Daniel Arellano Mac-Leod el año 2002; tuve la oportunidad de conversar largamente con él, de visita en Washington, desde la mañana de un día hasta bien avanzada la tarde. Siempre he sido curioso -mi señora dice que más bien soy copuchento- por lo que durante el lapso mencionado, literalmente hostigué al Almirante con preguntas relacionadas con sus vivencias del período 1970/73. Quedé muy impresionado con su relato, porque me confirmó algo que yo intuía en el sentido que la historia se escribe con las visiones particulares de sus protagonistas, y que por ser subjetivas, incluso pueden ser contrapuestas, pero igualmente válidas.

Años más tarde el flamante editor de este libro, compañero de curso de la Escuela Naval, Francisco Arellano Walbaum, me contó de la aventura literaria en que se había embarcado con su padre, y me ofreció que leyera el escrito antes de su edición definitiva. Me preció de ser buen lector, pero confieso que me concentré tanto en sus casi 400 páginas que lo terminé en una jornada, recuerdo bien, el Viernes Santo del año 2010.

¿Por qué me atrapó el libro “Recuerdos de un Oficial de la Armada de Chile en el siglo XX”? Simplemente porque es muy entretenido.

Puedo decirles que de sus páginas afloran nitidamente las que interpreto como las dos pasiones del autor: la Marina en la que invirtió 38 años de su vida, y la familia que formó con la señora Josephine Walbaum.

En 11 capítulos ordenados cronológicamente, y con un lenguaje preciso, sin aspavientos ni estridencias, el Almirante Arellano nos narra 70 años de su vida, que son también una buena parte de la historia del siglo XX.

Brevemente, quiero darles mi impresión de 3 aspectos que me llamaron la atención de la obra.

En primer lugar, algunas descripciones. Encontré fascinante la narración que hace de su vida de juventud en Iquique; sus viajes en los buques que hacían el cabotaje y que le permitieron conocer la vida de a bordo y también a Chile, desde Arica hasta Corral, todo ello antes de entrar a la Escuela Naval. Me hizo recordar los cuen-

* Vicealmirante. SM. Oficial de Estado Mayor.

tos de Francisco Coloane cuando describe la febril actividad de nuestros puertos a principios del siglo XX, realidad ahora completamente modificada en nombre de la eficiencia y la modernidad.

Así también la descripción de la forma como conoció a la señorita Josephine Walbaum, siendo él Guardiamarina patrón de una embarcación del Acorazado "*Latorre*" en 1940, y como luego perseveró a pesar de los transbordos, hasta casarse con ella en 1946. Como oteaba con prismáticos el cerro Alegre desde su buque a la gira en Valparaíso, parece un párrafo sacado de una novela de Salvador Reyes.

En segundo lugar, las anécdotas, como una dimensión de la narrativa que nos acerca al ser humano; la obra está cargada de ellas, como las siguientes:

- El Almirante cuenta que siendo un joven oficial subalterno a bordo de la "*Lautaro*" en San Francisco, California, fue requerido para asumir el rol de "oficial de enlace" para que un Segundo Comandante, poco agraciado físicamente y sin dominio del inglés, pudiera compartir y luego conquistar a una buena moza viuda americana... lo notable es que su Segundo con el tiempo... lo logró.
- También su confesión que ha jugado toda su vida a la Lotería o a la Polla, pero sin apostar dinero desde que perdiera en un casino de Cuba los US\$ 100 que su padre le entregara al zarpe como Guardiamarina.

Asimismo, merece mencionarse el recuento de algunos "first" que perfilan al autor, entre ellos:

- Haber aprendido computación a los 87 años.
- O, haber participado en la primera vez que se cantó "Brazas a Ceñir" en 1935 en la Escuela Naval, canción que 40 años más tarde sería el himno de la Armada.
- O, integrar un Estado Mayor Conjunto en 1958, y como marino desempeñarse como Oficial de Operaciones de la I^{ra} División de Ejército en Antofagasta.
- O, siendo Comandante de la "*Esmeralda*" el año 1962, haber mantenido entretenidas conversaciones con el cóndor del mascarón de proa, y luego lograr la publicación de esas pláticas, como crónicas en el diario La Unión de Valparaíso.

Como 3^{er} aspecto a remarcar, la familia. La familia aflora en cada página. El nacimiento sucesivo de Verónica, Irene, Daniel y Francisco, los cambios de casa, la construcción del "bungalow" familiar en Miraflores, los estudios y logros de los hijos, el arribo de los yernos y nueras, los matrimonios, en que como padres hicieron las tortas de novios. Luego vendrían cada uno de los 13 nietos, la primera Denise, el mismo año en que había sido ascendido a Contraalmirante. Todo muy ordenado, con las fechas y en el orden preciso, propio del razonamiento cartesiano de un especialista en Artillería Naval.

Sin embargo, capturó especialmente mi atención lo narrado en los dos capítulos dedicados al período que va del 70 al 73, justamente cuando el autor ejerció funciones en el Alto Mando liderado, sucesivamente, por 4 Comandantes en Jefes de la Armada.

En breves pinceladas: el año 1970 el Almirante Arellano fue Comandante en Jefe de la II^a Zona Naval, período descrito como muy fructífero en su afán por mejorar varios aspectos de la Base Naval de Talcahuano; quizás el principal hito fue el haber impulsado la construcción con "trabajos propios" del Centro Recreativo del Personal de Gente de Mar.

En 1971 fue Jefe de la Misión Naval de Chile en Washington, el mismo cargo que ejercería su hijo Daniel 31 años más tarde. Según escribe, el apoyo y el dominio del inglés de su señora Josephine le abrió muchas puertas con el Alto Mando americano.

En 1972 fue Comandante en Jefe de la Escuadra, la responsabilidad más ambiciosa por todo marino, operando con su fuerza desde Arica hasta el Cabo de Hornos.

El año 1973 fue un año complejo para todos los chilenos. El libro refleja muy bien las tensiones políticas y sociales que se generaron. Hace apreciaciones sensatas y con marcada independencia de juicio; así por ejemplo, menciona su competitiva rivalidad con el Almirante Merino, con quien fue muy cercano; de hecho las fotos de las niñas Verónica e Irene incorporadas en el libro, son producto de la cámara del Almirante Merino

A poco de asumir como Director General de los Servicios de la Armada, ese año 73, al autor le fue requerido relevar al Almirante Huerta en el gabinete del Presidente Allende.

El Almirante Arellano fue ministro en dos oportunidades durante ese año 1973, por expresas instrucciones de su Comandante en Jefe; por cuatro meses fue ministro de OO.PP. cuando el país estaba paralizado por las huelgas legales de los transportistas. ¡Que distinto al Chile de hoy...! algunos piensan -y tendrán sus razones- que ese ministerio es el camino seguro al sillón de La Moneda.

También el autor a los 54 años y en el grado de Contraalmirante fue durante casi un mes Ministro de Hacienda... ¡Ministro de Hacienda... responsable de todas las finanzas del Estado!

En un nivel comparable de edad y jerarquía, hoy a mí me resulta difícil apenas controlar los recursos de la Armada.

En fin, el Almirante Arellano fue un observador privilegiado y perspicaz.

El 11 de septiembre de 1973 desde su oficina de Ministro de Hacienda, frente a la Moneda, fue testigo presencial del hecho más importante de la segunda mitad del siglo XX para nuestro país. A pesar de tener la convicción que las FF.AA. estaban haciendo lo correcto, y con la oferta del nuevo Comandante en Jefe de la Armada de asumir como Director General del Personal de la Armada, tuvo la valentía de dar un paso al costado y voluntariamente alejarse de la Institución que tanto quiere.

Sorprendentemente, el período que abarca en su libro es también el que media entre el nacimiento y la defunción de lo que se ha dado en llamar "socialismo reales".

Disfruten el libro... en él, al menos, quedan claras dos cosas: que la Marina es una aventura en la que vale la pena invertir la vida, y que formar una familia es la principal misión que tenemos en esta vida.

Mi padre, también oficial de marina, murió joven hace más de 30 años; me habría gustado mucho que hubiese dejado un testimonio de su vida y de sus proyectos, en un libro como el que hoy ve la luz.

Finalizo agradeciendo a Francisco Arellano, editor y principal promotor de esta obra, por haberme permitido conocer la historia de su familia, y en particular la de su padre, un gran marino, un gran Almirante... un gran chileno.

* * *